

Me hablaba de Dios....

- El agua de los arroyos, corriendo de noche cuando nadie la ve.
- El vacío del universo, por donde vagan astros que no conocemos.
- La arena de la playa, que hace miles de años fue guijarros.
- El olor del aire cuando va a nevar.
- La velocidad.
- El eco, que podría no existir, pero existe.
- El tiempo, que tiene miedo de las pirámides.
- El Tigris y el Éufrates, surgidos de los ojos del dios Tiamat.
- El petróleo todavía escondido bajo tierra, que nadie ha descubierto.
- El viento, que es fuerte pero no se ve.
- La tierra, incluso de los parajes más yertos, que tiene diferentes tonos.
- El cielo rojo al atardecer, cuando dices: “Mañana hará bueno”
- El cielo estrellado, como fuegos artificiales detenidos ahí arriba.
- El asfalto mojado después de la lluvia, reflejando la luz de los semáforos.
- La fuerza de la gravedad que esté a mi alrededor.
- La lluvia cayendo mansamente sobre un ciprés.
- Pensar que todo lo que existe podría no existir.
- El silencio.

Comunidad en Camino

10º T. Ordinario
Ciclo "C"

PP. DOMINICOS - MADRID

9 JUNIO
2013

Avda. Ciudad de Barcelona, 1 <http://www.parroquiadeatocha.es>



**“¡Muchacho
a ti te lo
digo:
levántate!”**

**NTRA. SRA.
DE ATOCHA**



**10° T. ORDINARIO
(9 de Junio 2013)**

En el evangelio de este Domingo, Lucas nos relata como Jesús, movido de piedad en lo más hondo de su corazón, ante la pena y el dolor de una pobre viuda que ha perdido a su único hijo, se lo devuelve a la vida, ante la admiración de una gran multitud que acompañaba al joven fallecido.

Los cuatro evangelistas relatan algunas resurrecciones operadas por Jesús para confirmar que los tiempos mesiánicos ya han llegado. Mateo y Marcos cuentan la resurrección de la hija de Jairo; Juan narra la de Lázaro; y Lucas describe dos: la del hijo de la viuda de Naín y, también, la resurrección de la hija de Jairo (Cafarnaún). Todos estos textos nos enseñan que en Jesús está la resurrección y la vida.

La muerte siempre es un hecho doloroso y triste: es la separación indefinida de la presencia, en nuestras vidas, de seres querido. El llanto y el dolor en tales situaciones no solo es humano, también es cristiano: Jesús lloró ante la muerte de su amigo Lázaro. Pero la fe nos dice que esa separación no es definitiva, es transitoria. “Tú nos dijiste que la muerte no es el final del camino...”. Y ahí está el consuelo en la esperanza que nos da la fe en la resurrección de Jesucristo de entre los muertos.

En la primera lectura (Libro de los Reyes), Isaías resucita al hijo de la viuda que le había cuidado y alimentado durante su exilio: el Dios de Elías es el Señor; es la verdadera fuente de la vida.

Y en la segunda lectura (Gálatas), Pablo nos recuerda su pasado, de perseguidor fanático de la Iglesia de Cristo, a apóstol incansable del mensaje del Resucitado. Camino de Damasco, persiguiendo a la Iglesia de Cristo, resucita por la “presencia vital” del Señor que le convierte de perseguidor en apóstol de la fe en Cristo, el Señor.

1 Rey 17, 17-24
Gálatas 1, 11-19
Lucas 7, 11-17

Probablemente, todos conocemos a personas que, en un momento determinado, nos han sorprendido cambiando radicalmente su estilo de vida y orientándose por caminos de mayor autenticidad. Pero todos sabemos que no es habitual. Por lo general cambiamos poco. Somos los mismos a través de las distintas etapas de nuestra vida, con los mismos errores y defectos, con los mismos egoísmos y mezquindades de siempre.

Los que nos decimos cristianos nos podríamos preguntar con sinceridad: ¿Nos transforma realmente la fe? ¿Nos va haciendo cambiar a lo largo de la vida? ¿Van cambiando en algo nuestros criterios, convicciones y modo de actuar? Tal vez, si no fuera por unas “prácticas religiosas”, no sería fácil distinguimos de otras personas ajenas a la fe cristiana. Diversos factores nos impiden cambiar, señalamos algunos.

Por lo general no creemos lo suficiente en nuestra propia transformación. El paso de los años nos vuelve escépticos. Es nuestra primera equivocación decir “yo soy así”, “es mi temperamento”, para no reaccionar a las llamadas que se nos hacen desde la vida.

Otras veces, es que no deseamos cambiar. Nos conformamos con recomponer algún aspecto del vivir diario para evitar mayores complicaciones, no nos atrevemos a enfrentarnos a un cambio más profundo. Nos da miedo las consecuencias que se seguirían de tomar en serio la vida y el evangelio.

Por otra parte, no nos atrevemos a llamar por su nombre a las cosas para hacernos las preguntas que están dentro de nosotros: ¿Por qué se está abriendo ese abismo entre mi pareja y yo? ¿Soy yo el que siempre tiene razón, como lo aseguro? ¿No me estoy organizando la vida de modo egoísta? ¿Por qué me estoy alejando de todo lo religioso?...

La actitud de aquel ciego sentado junto al camino (Mc 10, 46-52) que un día se transforma y convierte en seguidor de Jesús es un ejemplo. El ciego es capaz de reaccionar. Grita a Jesús pidiendo compasión. Escucha a quienes le llaman en su nombre. Se pone ante él. Pide ver. Quien actúa así, se transforma.

¿Por qué no cambiamos?